

IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ORTODOXA
SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA
CURSO DE INTRODUCCIÓN A LA IGLESIA ORTODOXA
CLASE 8

La Oración de Jesús

La oración es una parte fundamental de la vida de todo cristiano. Según Teófilo el Recluso¹ dice lo siguiente: “La oración es la prueba de todo; es la fuente de todo; es la fuerza motivadora de todo. Oración también es lo que dirige a todo. Si la oración está bien, entonces todo está bien.”

En la oración, elevamos nuestro espíritu, mente y corazón a Dios, Nuestro Creador. Nos comunicamos con Dios, le conversamos, le ofrecemos nuestro agradecimiento por todo cuanto nos ha dado, le alabamos por Su Inmensa Gloria, y le pedimos ayuda en nuestras necesidades. En la oración, por gracia divina, entramos en comunión con Dios, y vivimos en Él.

Encontramos abundantes referencias a la oración en los textos bíblicos, texto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Los Padres de la Iglesia también nos han enseñado sobre la oración, sobre qué es y cómo hacerla.

Sabemos que, de acuerdo a la Tradición de Nuestra Iglesia, que la oración es comunitaria, pero que también es individual. La oración comunitaria por excelencia es en la Divina Liturgia, en la Eucaristía, el momento más sublime de oración comunitaria; el momento en que los cristianos se reúnen en torno a la Santa Mesa, para alabar a Dios, pedir por las necesidades de todos, y escuchar Su Santa Palabra, unánimes confesando al “Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad Consustancial e Indivisible,” y participando del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Pero esta oración comunitaria supone también una oración individual por parte de cada uno de nosotros. En la tradición e la Iglesia Ortodoxa, esta oración individual tiene dos vertientes: oraciones escritas, como por ejemplo las oraciones de la mañana y de la noche que aparecen en los devocionarios, himnos de las fiestas y otros himnos de la iglesia, los salmos, entre otros; la segunda vertiente sería la oración que nace en el corazón de cada creyente.

Una de las oraciones en nuestra Tradición Ortodoxa que tenemos para nuestra oración individual, se conoce como la

Oración de Jesús. La Oración de Jesús, también conocida como la Oración del Corazón, forma parte fundamental de la Tradición de la Iglesia Ortodoxa. De acuerdo a la enseñanza de los Padres, esta oración puede llegar a ser parte íntegra de nuestra vida diaria, una plegaria constante que elevamos a Dios desde lo más íntimo de nuestro ser. Para ayudarnos en el ejercicio de esta oración, existe el rosario ortodoxo, también llamado “cuerda de oraciones”. Consiste en un conjunto de cuentas, de nudos de lana o de seda, o incluso de cuero. Puede tener cualquier número de cuentas: 33, 40, 50, 100. Normalmente se asigna un significado simbólico al número. 33, por los años de la vida de Cristo; 40 por los 40 años en el desierto, los 40 días de la Gran Cuaresma en preparación a la Pascua de Resurrección, los 40 días entre Pascua y Ascensión, 50 por los 50 días entre Pascua y Pentecostés. El número no importa, porque la oración que hacemos en él no es una serie de ciertas oraciones, luego otra, etc., como en el rosario romano, sino que es una sola oración, una oración constante, la oración del corazón, la Oración de Jesús.

En la primera carta de San Pablo a los Tesalonicenses, San Pablo dice lo siguiente: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (I Tes. 5, 16-18). Esta exhortación apostólica de orar sin cesar sirve para el marco de esta maravillosa oración.

El texto de la Oración de Jesús es el siguiente: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mi, pecador. (o que soy pecador)” Existen diferentes variaciones de ella, pero esta sería la forma que podemos considerar la más “útil”, por así decir, por su ritmo y lo completo que resulta ser su expresión. Lo que es de todas maneras constante y esencial en todas las variantes de la Oración de Jesús, es la invocación del Divino Nombre.

Las raíces de la Oración de Jesús se encuentran en el Nuevo Testamento, e incluso de antes, en el Antiguo Testamento. Los judíos del Antiguo Testamento, tenían una reverencia especial para el Nombre de Dios. Incluso, de acuerdo a la tradición rabínica, el tetragrama, YHWH, el nombre de Dios traducido luego en la versión de los Setenta como *Kirios* era impronunciable. No se debía decir en voz alta. Se entendía el nombre de Dios como una extensión de Su Persona, una revelación de Su Ser y una expresión de Su Poder. Sólo se le permitía al sumosacerdote una vez al año, en el lugar más sagrado del templo, pronunciar este nombre.

Siguiendo esta misma tradición, desde sus comienzos el cristianismo mostró respeto por el Nombre que Dios tomó en Su Encarnación: Jesús.

Hay tres textos del Nuevo Testamento que tienen particular importancia para esta oración:

1. La declaración de Jesucristo en la Última Cena: “De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.” (Juan 16, 23b-24)

2. La solemne afirmación de San Pedro frente a los Judíos: después de mencionar el nombre de Jesucristo de Nazaret, proclama: “sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, ... Este Jesús es la piedra rechazada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos de los Apóstoles 4: 10, 12)

3. Las palabras de San Pablo, en su carta a los filipenses: “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra.” (Filipenses 2, 9 al 10)

Además de estos tres textos, podemos ver dos textos en los Evangelios: la oración del hombre ciego en el Evangelio según San Lucas, “Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi.” (Lucas 18, 38) y la oración del Publicano, “Dios, ten piedad de mi, que soy pecador.” (Lucas 18, 13)

En la tradición cristiana, fácilmente la expresión “Hijo de David”, se volvió “Hijo de Dios”. De esta manera podemos ver que la Oración de Jesús, “Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mi, que soy pecador,” está tomada total y directamente de las Sagradas Escrituras.

A primera vista, parece ser una oración cristocéntrica, es decir, que se concentra únicamente en Cristo. Sin embargo, podemos ver que es también Trinitaria; es decir, invoca a las tres personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Invoca al Hijo, Jesucristo, el Divino Hijo de Dios Encarnado. Invoca también al Padre, pues al hablar del Hijo,

necesariamente se evoca al Padre. Y la Oración de Jesús también invoca al Espíritu Santo. Según San Pablo, en la primera carta a los Corintios, “nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo.” (1 Cor, 12,3)

Podemos encontrar dos polos en esta oración: primero habla acerca de la gloria de Dios, proclamando al Jesús como el Señor de la creación entera y el Hijo Eterno. Y luego, al final de la oración, enfoca la atención en nuestra condición como pecadores.

Entonces, la oración comienza con la adoración a Dios, y se finaliza con penitencia. Para reconciliar estos dos polos extremos, podemos reflexionar sobre tres palabras particulares que se encuentran en ella:

La primera es el nombre Jesús, el nombre personal que le fue otorgado a Cristo luego de su nacimiento humano de la Virgen María. Este nombre tiene el sentido de “Salvador”. En el Evangelio según San Mateo, el Evangelista nos dice que: “un ángel del Señor se le apareció (a José) en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1, 20b-21) (El nombre *Jesús*: forma griega (lo mismo que *Josué*) del hebreo *Yeshua* (o *Yehoshua*), que significa *el Señor salva*.)

La segunda palabra en la oración ayuda a reconciliar estos dos aspectos de gloria y de penitencia, es la palabra Cristo. La palabra Cristo es el equivalente griego del hebreo, Mesías, el Ungido. Es decir, el que es ungido por el Espíritu Santo. Para el Pueblo hebreo de Dios en el Antiguo Testamento, el Mesías era el Libertador que estaba por venir, el futuro rey, quien en el poder del Espíritu Santo de Dios, les liberaría de sus enemigos.

La tercera palabra es piedad. Esta palabra hace referencia a amor en acción; amor que actúa para traer perdón, liberación y plenitud. Tener piedad del otro significa quitarle la culpa que él no puede borrar por sus propios esfuerzos, liberarle de las deudas que él no puede pagar, sanarle de la enfermedad de la cual no puede despojarse solo. Además, la palabra piedad significa que todo esto es dado como un don libre: aquel que pide piedad, no lo hace por derecho propio, no ejerce autoridad sobre la persona a quien se lo pide.

La Oración de Jesús, entonces, indica la problemática del ser humano, y también la solución que nos ofrece Dios. Jesús es el Salvador, el Rey Ungido, Aquel que tiene piedad.

Esta oración además transmite un mensaje cristocéntrico. En esta oración se dirige a Jesús como “Señor”, y como “Hijo de Dios”. Aquí la oración habla de su Divinidad, de su trascendencia y de su eternidad. Mas también se dirige a él como Jesús, es decir, por el nombre personal que su Madre y su padre adoptivo le dieron después de nacer en Belén. Entonces la Oración de Jesús también habla acerca de su verdadera humanidad.

De esta manera, la Oración de Jesús es una afirmación de fe en Jesucristo como Dios Verdadero y Hombre Verdadero. Él es el Dios-Hombre que salva a la humanidad de sus pecados justamente porque es Dios y Hombre a la vez.

Considerando estos dos polos, podemos ver un círculo eterno en la oración: Primero elevamos nuestra mente y espíritu en alabanza a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en glorificación, y luego, nos reconocemos como pecadores, pidiendo la piedad de la gratuidad de Dios, que sólo Él nos puede dar, reconociendo que Cristo Jesús, el Hijo Encarnado de Dios, Verdadero Dios y Verdadero Hombre, es el único que nos puede salvar.

La Oración de Jesús no es una forma de meditación imaginativa sobre Jesucristo. En las palabras de San Gregorio de Nisa, “El Novio está presente, mas no visto.” Su objetivo es de estar despierto, atento a Dios, estar en oración viva. No debe ser una repetición sin pensar, sino que debemos estar atentos a lo que hacemos.

Se puede distinguir tres niveles en rezar la Oración de Jesús.

Comienza como una oración de los labios, una oración verbal. Luego llega a ser más interna, volviéndose una oración del intelecto. Finalmente, el intelecto desciende al corazón y su une a él, de modo que la oración se transforma en “oración del corazón,” o más exactamente “la oración del intelecto en el corazón.” A este nivel, se hace la oración de la persona entera, ya no más algo que pensamos o decimos, sino que algo que somos. Pues el objetivo final del camino espiritual es no que seamos, cada uno, una persona que reza de vez en cuando, sino que una persona que es oración en todo tiempo. Entonces podemos decir que la Oración de Jesús comienza como una serie de actos de oración, pero su objetivo final es

el de establecer en la persona que ora un estado de oración que es incesante, que sigue incluso en medio de otras actividades.

Entonces la Oración de Jesús comienza como una oración verbal tal como toda oración. Pero la repetición rítmica de la misma frase corta nos ayuda, mediante la sencillez de las palabras, a ir más allá de todo lenguaje e imagen, hasta llegar al misterio de Dios. Así el alma del ser humano descansa en Dios simplemente.

Sin embargo, existe otra etapa más allá en la práctica de esta oración. Esto es cuando la oración deja de ser el resultado del esfuerzo de la persona que reza, y llega a actuar por sí mismo. En otras palabras, ya no es “mi oración”, sino la oración de Jesús en mí.

Pero: no debemos ni por un instante imaginar que esta transición de una oración verbal a una oración de silencio; de una oración “activa” a una que actúa por sí sola, se logra fácil o rápidamente.

La Oración de Jesús es una tradición milenaria de la Iglesia Ortodoxa, un verdadero tesoro de su espiritualidad, con sus raíces en las Sagradas Escrituras y atesorado y enseñado por la Iglesia a través de los siglos. No es una oración ni fácil, ni mágica, pero ciertamente una que es realmente necesaria en nuestras vidas, accesible, pero a la que debemos aproximarnos con todo amor, fe y reverencia.

Esto ha sido una simple introducción a este tema de la Oración de Jesús. Existen tomos de escritos sobre ella, la Filocalia, una colección de escritos de padres santos de la Iglesia. El nombre dado a esta colección proviene de dos palabras griegas, ??????, amar, y ??????? bello. Amor de lo bello. Existe una pequeña parte de esto traducido en castellano. También el libro, el Peregrino Ruso.

Notas

¹ 1815-1894; de la provincia de Rusia central llamado Viatka. Hijo de un sacerdote de una parroquia, estudió teología en un seminario, y luego se hizo monje.